

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Márcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Canete á la ciudad de los Reyes en el Perú.

Virtud difícil y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien claro prueba
Cuánto es sano, seguro y provechoso,
Y el poco fruto y mucho mal que lleva
El vicio inútil del hablar dañoso:
Ejemplo los de Líbico homicidas,
Y otros que les costó el hablar las vidas.
Veráanse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos y pasados
Crueldades, ruinas, desventuras,
Infamias, puniciones de pecados,
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados:
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.
De los vicios el menos de provecho,
Y por donde mas daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciendo,
Al propio dueño y al amigo vende.
Por esto el sábio hijo de Pillano
La causa á sus soldados encubria

De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia;
Y el retirado campo castellano
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada,
Toma de la ciudad la vuelta usada.
Usar Lautaro desta maña, entiendo
Que fuese para algun sagaz intento,
El cual por conjeturas comprehendo
Ser de gran importancia y fundamento:
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
A los nuestros que así del fuerte asiento
Se alejan, á tres leguas otro dia
Hicieron alto, asiento y ranchería.
Dos dias los españoles estuvieron
Haciendo de los bravos, aguardando;
Pero jamás los bárbaros vinieron,
Ni gente pareció del otro bando.
Al fin dos de los nuestros se atrevieron
A ver el fuerte, y cerca dél llegando,
Oyeron una voz alta del muro
Diciéndoles: «Llegaos, que os doy seguro.»
Al uno por su nombre lo llamaba
Con el cierto seguro prometido,
El cual dejando al otro, se llegaba
Por conocer quién era el atrevido:
Llegado el español junto á la cava,
El de la voz fué luego conocido,
Que era el gallardo hijo de Pillano
Tratado dél un tiempo como hermano.
Estaba de un lustroso peto armado
Con sobrevista de oro guarnecida,
En una gruesa pica recostado
Por el ferrado regaton asida;
El ancho y duro hierro colorado,
Y de sangre la media asta teñida,
Puesta de limpio acero una celada,
Abierta por mil partes y abollada.
Llegado el español donde podia
Hablarle y entenderle claramente,
El bizarro Lautaro le decia:
«Márcos, de tí me espanto extrañamente
Y de esa tu inorante compañía,

Que sin razon y seso ciegamente
Penseis así de mi opinion mudarme,
Y ser bastantes todos á enojarme.

«¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,
¿Que así quereis tiranizar la tierra?
No veis que todo agora está en mi mano,
El bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿No veis que el nombre y crédito araucano
Los levantados ánimos atierra,
Que solo el són al mundo pone miedo,
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?»

«En los pueblos no fuistes poderosos
De defender las propias posesiones,
Que es cosa que aun los pájaros medrosos
Hacen rostro en su nido á los leones;
¿Y en los desiertos campos pedregosos
Pensais de sustentar los pabellones
En tiempo que estais mas amedrentados,
Y mas vuestros contrarios animados?»

«Es á mi parecer loca osadía
Querer contra nosotros sustentaros;
Pues ni por arte, maña, ni otra via
Podeis en nuestro daño aprovecharos.
Si lo quereis llevar por valentía,
Baste el presente estrago á escarmentaros,
Que fresca sangre aun vierten las heridas,
Y della aqui las yerbas veo teñidas.

«Pues dejar yo jamás de perseguiros,
Segun que lo juré, será excusado;
Hasta dentro en España he de seguiros,
Que así lo he prometido al gran senado;
Mas si quereis en tiempo reducirlos
Haciendo lo que aqui os será mandado,
Saldré de la promesa y juramento,
Y vosotros saldreis de perdimiento.

«Treinta mujeres virgenes apuestas
Por tal concierto habeis de dar cada año,
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
De quince años á veinte sin engaño:
Han de ser españolas, y tras estas
Treinta capas de verde y fino paño,
Y otras treinta de púrpura tejidas,
Con fino hilo de oro guarnecidas.

«Tambien doce caballos poderosos,
Nuevos y ricamente enjaezados,
Domésticos, ligeros y furiosos,
Debajo de la rienda concertados;
Y seis diestros lebreles animosos
En la caza me habeis de dar cebados:
Este solo tributo estorbaria
Lo que estorbar el mundo no podria.»

Atento el castellano le escuchaba
Estando de la plática gustoso;
Mas cuando á estas razones allegaba,
No pudo aqui tener ya mas reposo;
Así impaciente al bárbaro atajaba,
Diciéndole: «No estés tan orgulloso,
Que las parias que pides, ó Lautaro,
Te costarán, si esperas, presto caro.
«En pago de tu loco atrevimiento,
Te darán españoles por tributo
Cruda muerte con áspero tormento,
Y Arauco cubrirán de eterno luto.»
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;
Sobre ello, Márcos, mas yo no disputo,
Las armas, no la lengua, han de tratarlo,
Y la fuerza y valor determinarlos.

«Libre puedes decir lo que quisieres,
Como aquel que seguro le está dado,
Que tú despues haras lo que pudieres,
Y yo podré hacer lo que he jurado:
Tratemos de otras cosas de placeres,
Quede para su tiempo comenzado,
Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
Una lucida escuadra de á caballo.

«Que para que no andeis tan al seguro,
Acuerdo de tener tambien caballos,
Y de imponer mis súbditos procuro
A saberlos tratar y gobernallos.»
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
Á seis dispuestos mozos sus vasallos
Mandó que en seis caballos cabalgasen,
Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas
Salieron á caballo seis chilcanos,
Pintadas y anchas dargas abrazadas,

Gruesas lanzas terciadas en las manos,
Vestidas fuertes cotas, y tocadas
Las cabezas al modo de africanos,
Mantos por las caderas derribados,
Los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra por delante
Del atento español dos vueltas dieron,
Pero ni de su puesto y buen semblante
Punto que se notase le movieron;
Antes con muestra y ánimo arrogante,
En alta voz, que todos lo entendieron,
(Que el muro estaba ya lleno de gente),
Habló así con Lautaro libremente:

«En vano, ó capitán, cierto trabaja
Quien pretende con fieros espantarme:
No estimo lo que ves en una paja,
Ni alardes pueden punto amedrentarme;
Y por mostrar si temo la ventaja,
Yo solo con los seis quiero probarme,
Do verás que á seis mil seré bastante:
Vengan luego á la prueba aquí delante.»

Lautaro respondió: «Márco, si mueres
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,
El mínimo que dellos escogieres
Á pié vendrá contigo en desafío,
Del modo y la manera que quisieres:
Elige armas y campo á tu albedrío,
Ora con ellas, ora desarmados,
Á puños, coces, uñas y á bocados.»

El español le dijo: «Yo te digo
Que mi honor en tal caso no consiente
Darles uno por uno su castigo,
Porque jamás se diga entre la gente
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
En campo osase entrar singularmente:
Por tanto, si no quieres lo que pido,
No quiero yo acetar otro partido.»

No vinieron en esto á concertarse;
Después por otras cosas discurrieron;
Pero llegado el tiempo de apartarse
Del bárbaro, los dos se despidieron:
Vueltos á su camino, oyen llamarse,
Y á la voz conocida revolvieron,

Que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
Diciendo: «Una razón se me olvidaba.

«Tengo mi gente triste y afligida,
Con gran necesidad de bastimento,
Que me falta del todo la comida
Por orden mala y poco regimiento:
Pues la teneis de sobra recogida,
Haced un liberal repartimiento,
Proveyéndonos della, que á mi cuenta
Mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

«Que en el inclito estado es uso antiguo
Y entre buenos soldados ley guardada,
Alimentar la fuerza al enemigo
Para solo oprimirle por la espada:
Estad, Márco, atento á lo que digo,
Y entended que será cosa loada,
Que digan que las fuerzas sojuzgastes,
Que para mayor triunfo alimentastes.

«Que se llame vitoria, yo lo dudo
Cuando el contrario á tal extremo viene,
Que en aquello que nunca el valor pudo
La hambre miserable poder tiene:
Y al fuerte brazo indómito y membrudo
Lo debilita, doma y lo detiene;
Y así por bajo modo y estrechez,
Viene á parecer fuerte la flaqueza.»

Era, señor, su intento que pensase
Ser la necesidad (fingida) cierta,
Para que nuestra gente se animase
De industria abriendo aquella falsa puerta;
Y con esto inducir la á que esperase,
Teniendo así su astucia mas cubierta,
Hasta que el fin llegase deseado
Del cauteloso engaño fabricado.

Márco de las palabras conmovido
Le dice: «Yo prometo de intentallo
Por solo esas razones que has movido,
Y hacer todo el poder en procurallo.»
Habiéndose con esto despedido,
Revolviendo las riendas al caballo,
Él y su compañero caminaron
Hasta que al español campo llegaron.
De todo al punto Villagrá informado

Cuanto á Márcos Lautaro dicho habia ,
 Sospechoso, confuso y admirado
 De ver que bastimentos le pedia :
 Era sagaz, celoso y recatado ;
 Revolviendo la presta fantasia
 Los secretos designios comprehende ,
 Y el peligroso estado y trance entiende.
 Y en el presto remedio resolutó ,
 Cuando el mundo se muestra mas oscuro
 Sin tocar trompa, del peligro instruto
 Toma el camino á la ciudad seguro ,
 Maravillado del ardid astuto.
 Pero de nuestra gente ahora no curo ,
 Que quiero antes decir el modo extraño
 De la ingeniosa astucia y nuevo engaño.
 Aun no era bien la nueva luz llegada ,
 Cuando luego los bárbaros supieron
 La súbita partida y retirada ,
 Que no con poca muestra lo sintieron ;
 Viendo claro que al fin de la jornada ,
 Por un espacio breve no pudieron
 Hacer en los cristianos tal matanza ,
 Que nadie dellos mas tomara lanza.
 Que aquel sitio cercado de montaña ,
 Que es en un bajo y recogido llano ,
 De acequias copiosísimas se baña
 Por zanjas con industria hechas á mano :
 Rotas al nacimiento, la campaña
 Se hace en breve un lago y gran pantano ;
 La tierra es honda, floja, anegadiza ,
 Hueca, falsa, esponjada y movediza.
 Quedaran, si las zanjas se rompieran ,
 En agua aquellos campos empapados ,
 Moverse los caballos no pudieran
 En pegajosos lodos atascados :
 Adonde si aguardaran los cogieran,
 Como en liga á los pájaros cebados ,
 Que ya Lautaro con despacho presto
 Habia en ejecucion el ardid puesto.
 Triste por la partida y con despecho
 La fuerza desampara el mismo dia ,
 Y el camino de Arauco mas derecho ,
 Marcha con su escuadron de infantería :

evuelve y traza en el cuidadoso pecho
 Diversas cosas, y en ninguna habia
 El consuelo y disculpa que buscaba ,
 Y entre sí razonando suspiraba ,
 Diciendo : «¿ Qué color puede bastarme
 Para ser desta culpa reservado ?
 ¿No pretendí yo mucho de encargarme
 De cosa que me deja bien cargado ?
 ¿De quién sino de mí puedo quejarme,
 Pues todo por mi mano se ha guiado ?
 ¿Soy yo quien prometió en un año solo
 De conquistar del uno al otro polo ?
 «Mientras que yo con tan lucida gente
 Ver el muro español aun no he podido,
 La luna ya tres veces frente á frente
 Ha visto nuestro campo mal regido ,
 Y el carro de Faeton resplandeciente
 Del Escorpio al Acuario ha discurrido ,
 Y al fin damos la vuelta mal tratados
 Con pérdida de mas de cien soldados.
 «Si con morir tuviese confianza
 Que una vergüenza tal se colorase ,
 Haria á mi inútil brazo que esta lanza
 El débil corazon me atravesase ;
 Pero daria de mí mayor venganza
 Y gloria al enemigo , si pensase
 Que temí mas su brazo poderoso
 Que el flaco mio , cobarde y temeroso.
 «Yo juro al infernal poder eterno ,
 Si la muerte en un año no me atierra,
 De echar de Chile el español gobierno ,
 Y de sangre empapar toda la tierra :
 Ni mudanza , calor , ni crudo invierno
 Podrán romper el hilo de la guerra ,
 Y dentro del profundo reino oscuro
 No se verá español de mi seguro ! »
 Hizo tambien solene juramento
 De no volver jamás al nido caro ,
 Ni del agua , del sol , sereno y viento
 Ponerse á la defensa ni al reparo ;
 Ni de tratar en cosas de contento
 Hasta que el mundo entienda de Lautaro ,
 Que cosa no emprendió dificultosa

Sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
La cuerda del dolor, que á veces tanto
Con grave y dura afrenta le apretaba,
Que de perder el seso estuvo á canto;
Así el feroz Lautaro caminaba;
Y al fin de tres jornadas, entretanto
Que el esperado tiempo se avecina,
Se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
Baja de un monte Itata caudaloso,
Atravesando aquel umbroso asiento
Con sesgo curso, grave y espacioso:
Los árboles provocan á contento,
El viento sopla allí mas amoroso
Burlando con las tiernas florecillas
Rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleitosa y fértil tierra,
Abundante, capaz y suficiente
Para poder sufrir gente de guerra:
Tiene cerca á la banda del Oriente
La grande cordillera y alta sierra,
De donde el raudito Itata apresurado
Baja á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de españoles; pero habia
La prometida fe ya quebrantado,
Viendo que la fortuna parecia
Declarada de parte del estado;
El cual veinte y dos leguas contenia:
Este era su distrito señalado;
Pero tan grande crédito alcanzaba,
Que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
Este los puso humildes por el suelo;
Este los bajos, tristes y medrosos
Hace que se levanten contra el cielo;
Y los extraños pueblos poderosos
De miedo deste viven con recelo:
Los remotos vecinos y extranjeros
Se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del estado deseando
Estaba al tardo tiempo en esta vega,

Tardo para quien gusto está esperando,
Que al que no espera bien, bien presto llega:
Pero el tiempo y sazon apresurando,
Á sus valientes bárbaros congrega;
Y antes que se metiesen en la vía,
Estas breves razones les decia:

«Amigos, si entendiése que el deseo
De combatir sin otro miramiento,
Y la fogosa gana que en vos veo
Fuese de la vitoria el fundamento,
Hágoos saber de mi, que cierto creo
Estar en vuestra mano el vencimiento,
Y un paso atrás volver no me hiciera,
Si el mundo sobre mi todo viniera.

«Mas no es solo con ánimo adquirida
Una cosa difícil y pesada:
¿Qué aprovecha el esfuerzo sin medida
Si tenemos la fuerza limitada?
Mas esta, aunque con limite, regida
Por industrioso ingenio y gobernada,
De duras y de muy dificultosas
Hace llanas y fáciles las cosas.

«¿Cuántos vemos el crédito perdido
En afrentoso y misero destierro,
Por solo haber sin término ofrecido
El pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
Por loco, temerario y torpe yerro:
Valor es ser al orden obediente,
Y locura sin orden ser valiente.

«Como en este negocio y gran jornada
Con tanto esfuerzo así nos destruimos,
Fué porque no miramos jamás nada,
Sino al ciego apetito á quien seguimos:
Que á no perder por furia anticipada
El tiempo y coyuntura que tuvimos,
No quedara español, ni cosa alguna
Á la disposicion de la fortuna.

«Si al entrar de la fuerza reportados
Allí algun sufrimiento se tuviera,
Fueran vuestros esfuerzos celebrados,
Pues ningun enemigo se nos fuera;
En la ciudad estaban descuidados;

Con la gente que andaba por defuera
 Hiciéramos un hecho y una suerte,
 Que no la consumieran tiempo y muerte.

«Pero quiero poneros advertencia,
 Que habeis por la razon de gobernaros,
 Haciendo al movimiento resistencia
 Hasta que la sazón venga á llamaros;
 Y no salirme un punto de obediencia,
 Ni á lo que os mandare adelantaros:
 Que en el inobediente y atrevido
 Haré ejemplar castigo nunca oido.

«Y pues volvemos ya donde se muestra
 Nuestro poco valor, por mal regidos,
 En fe que habeis de ser (alzo la diestra)
 En el primer honor restituidos,
 Ó el campo regará la sangre nuestra,
 Y habemos de quedar en él tendidos
 Por pasto de las brutas bestias fieras
 Y de las sucias aves carniceras.»

Con esto fué la plática acabada,
 Y la trompeta á levantar tocando,
 Dieron nuevo principio á su jornada
 Con la usada presteza caminando.
 Viendo así, al descubrir de una ensenada
 Por Martaquino á la derecha entrando,
 Un bárbaro encontraron por la via
 Que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
 Que en Mapochó se sabe su venida,
 Ora les dió la nueva della el viento,
 Ora de espías solícitas sabida;
 Tambien que de copioso bastimento
 Estaba la ciudad ya prevenida
 Con defensas, reparos, provisiones;
 Pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
 Muda el primer intento que traia,
 Viendo ser temerario presupuesto
 Seguirle con tan poca compañía:
 Piensa juntar mas gentes, y de presto
 Un fuerte asiento que en el valle habia,
 Con ingenio y cuidado diligente
 Comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,
 Y ser dispuesto el sitio y reparado,
 Fué en breve aquel lugar fortalecido,
 De foso y fuerte muro rodeado:
 Gente á la fama desto habia acudido
 Codiciosa del robo deseado.
 Forzoso me es pasar de aquí corriendo,
 Que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
 Que á toda furia el hijo de Pillano,
 Guiando un escuadron de gente experta,
 Viene sobre ella con armada mano:
 El súbito temor puso en alerta
 Y confusion al pueblo castellano;
 Mas la sangre que el miedo helado habia
 De un ardiente coraje se encendia.

Á las armas acuden los briosos,
 Y aquellos que los años agravaban
 Con industrias y avisos provechosos
 La tierra y partes flacas reparaban:
 Tras estos treinta mozos animosos,
 Y un astuto caudillo se aprestaban,
 Que con algunos bárbaros amigos
 Fuesen á descubrir los enemigos.

Villagran á la sazón no residia
 En el pueblo español alborotado,
 Que para la Imperial partido habia
 Por camino de Arauco desviado;
 Mas ya con nueva gente revolvia,
 Y junto de do el bárbaro cercado
 De gruesos troncos y fagina estaba,
 Sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,
 Y él la nueva jornada comenzaba,
 Al calar de una loma en el camino
 Un comarcano bárbaro encontraba;
 El cual le dió la nueva del vecino
 Campo, y razon de cuanto en él pasaba
 Que todo bien el mozo lo sabia,
 Como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español del indio cuanto
 El bárbaro enemigo determina,
 Y cómo allega gentes entretanto

Que el oportuno tiempo se avecina :
 No puso á los cautenes esto espanto ;
 Y mas cuando supieron que vecina
 Venia tambien la gente nuestra armada ,
 Que dellos aun no estaba una jornada .

Villagran le pregunta , si podria
 Ganar al araucano la albarrada :
 Sonriéndose el indio respondia
 Ser cosa de intentar bien excusada ,
 Por el reparo y sitio que tenia ,
 Y estar por las espaldas abrigada
 De una tajada peñascosa sierra
 Que por aquella parte el fuerte cierra .

Dijole Villagran : « Yo determino
 Por esa relacion tuya guiarme ,
 Y abrir por la montaña alta el camino ,
 Que quiero á cualquier cosa aventurarme ;
 Y si donde está el campo lautarino
 En una noche puedes tú llevarme ,
 Del trabajo serás gratificado ,
 Y al fuego , si me mientes , entregado . »

Sin temor dice el bárbaro : « Yo juro
 En menos de una noche de llevarte
 Por difícil camino , aunque seguro ;
 Desta palabra puedes confiarte :
 De Lautaro despues no te aseguro ,
 Ni tu gente y amigos serán parte
 Á que si vais allá , no os coja á todos ,
 Y os dé civiles muertes de mil modos . »

No le movió el temor que le ponía
 Á Villagran el bárbaro guerrero ,
 Que visto cuán sin miedo se ofrecía ,
 Le pareció de trato verdadero ;
 Y á la gente del pueblo que venia
 Despacha un diligente mensajero ,
 Para que con la priesa conveniente
 Con él venga á juntarse brevemente .

Pues otro dia allí juntos se dejaron
 Ir por do quiso el bárbaro guiallos ,
 Y en la cerrada noche no cesaron
 De afligir con espuelas los caballos .
 Despues se contará lo que pasaron ,
 Que cumple por agora aquí dejallos

Por decir la venida en esta tierra
 Dé quien dió nuevas fuerzas á la guerra .

Hasta aquí lo que en suma he referido ,
 Yo no estuve , señor , presente á ello ,
 Y así de sospechoso no he querido
 De parciales intérpretes sabello :
 De ambas las mismas partes lo he aprendido ,
 Y pongo justamente solo aquello
 En que todos concuerdan y confieren ,
 Y en lo que en general menos difieren .

Pues que en autoridad de lo que digo
 Vemos que hay tanta sangre derramada ,
 Prosiguiendo adelante , yo me obligo
 Que irá la historia mas autorizada :
 Podré ya discurrir como testigo
 Que fui presente á toda la jornada ,
 Sin cegarme pasion , de la cual huyo ,
 Ni quitar á ninguno lo que es suyo .

Pisada en esta tierra no han pisado
 Que no haya por mis piés sido medida ,
 Golpe ni cuchillada no se ha dado
 Que no diga de quién es la herida :
 De las pocas que di estoy disculpado ,
 Pues tanto por mirar embebecida
 Truje la mente en esto y ocupada ,
 Que se olvidaba el brazo de la espada .

Si causa me incitó á que yo escribiese
 Con mi pobre talento y torpe pluma ,
 Fué que tanto valor no pereciese ,
 Ni el tiempo injustamente lo consuma :
 Que el mostrarme yo sábio me moviese ,
 Ninguno que lo fuere lo presuma :
 Que cierto bien entiendo mi pobreza ,
 Y de las flacas sienes la estrechez .

De mi poco caudal bastante indicio
 Y testimonio aquí patente queda :
 Va la verdad desnuda de artificio
 Para que mas segura pasar pueda ;
 Pero si fuera desto lleva vicio ,
 Pido que por merced se me conceda ,
 Se mire en esta parte el buen intento ,
 Que es solo de acertar y dar contento .

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado ,

Y la pluma á escribir tanto se atreve ,
 Que de crédito estoy necesitado ,
 Pues tan poco á mis años se le debe :
 Espero que será, señor, mirado
 El celo justo y causa que me mueve ,
 Y esto y la voluntad se tome en cuenta
 Para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato :
 Que para mi discurso es importante
 Lo que forzado aquí del Perú trato ,
 Aunque de su comarca es bien distante :
 Y para que se entienda mas barato
 Y con facilidad lo de adelante ,
 Si Lautaro me deja, diré en breve
 La gente que en su daño ahora se mueve.

El marqués de Cañete era llegado
 A la ciudad insigne de los Reyes
 De Carlos Quinto Máximo enviado
 A la guarda y reparo de sus leyes :
 Este fué por sus partes señalado
 Para virey , de donde dos vireyes
 Por los rebeldes brazos atrevidos
 Habían sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones
 Y maldades por uso introducidas ;
 El ánimo dispuesto á alteraciones
 En leal apariencia entretejidas ;
 Los agravios, insultos y traiciones
 Con tanta desvergüenza cometidas ;
 Viendo que aun el tirano no hedía ,
 Que aunque muerto de fresco se bullía :

Entró como sagaz y receloso ,
 No mostrando el cuchillo y duro hierro ,
 Que fuera en aquel tiempo peligroso ,
 Y dar con hierro en un notable yerro :
 Mostrándose benigno y amoroso ,
 Trayéndoles la mano por el cerro
 Hasta tomar el paso á la malicia
 Y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia ,
 Para limpiar del todlas maldades ,
 Quitando las justicias, las ponía
 De su mano por todas las ciudades :

Estas eran personas, que entendia
 Haber en ellas justas calidades,
 De Dios, del rey, del mundo temerosas,
 En semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba
 Con són de un general repartimiento,
 Y el mas culpado mas premio esperaba
 Fundado en el pasado regimiento :
 El marqués entretanto se informaba
 Llevando deste error diverso intento,
 Que no solo dió pena á los culpados,
 Mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando con el tiempo ya pensaron
 Que estaban sus insultos encubiertos,
 En público pregon se renovaron
 Y fueron con castigo descubiertos :
 Que casi en los mas pueblos que pecaron
 Amanecieron en un tiempo muertos
 Aquellos que con mas poder y mano
 Habian seguido el bando del tirano.

No condeno, señor, los que murieron,
 Pues fueron perdonados y admitidos
 Cuando á vuestro servicio en sazón fueron
 Y en importante tiempo reducidos ;
 Quedando los errores que tuvieron
 A vuestra gran clemencia remitidos ;
 De vos solo, señor, es el juzgarlos,
 Y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
 Que siempre en casos de honra lo rechazo :
 Solo digo el terror y extraño miedo
 Que en la gente soberbia el marqués puso
 Con el castigo á la sazón acedo,
 Dejando el reino atónito y confuso,
 Del temerario hecho tan dudoso,
 Que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
 Del Perú le destierra en penitencia,
 Que es entre ellos la afrenta mas sentida,
 Y que mas examina la paciencia ;
 El justo, de ejemplar y llana vida,
 Temeroso escudriña la conciencia,
 Viendo el rigor de la justicia airada

Que ya desenvainado habia la espada.
 Y algunos capitanes y soldados
 Que con lustre sirvieron en la guerra,
 Y esperaban de ser gratificados
 Conforme á los humores de la tierra,
 Recelando tenerlos agraviados,
 Del reino en són de presos los destierra,
 Remitiendo las pagas á la mano
 De rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente;
 La causa del destierro no sabiendo,
 No entiende si es injusta ó justamente:
 Solo sabe callar y estar tremiendo:
 Teme la furia y el rigor presente,
 Y á inquirir la razon no se atreviendo,
 Tiende á cualquier rumor atento oido;
 Mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio y confusion andaba;
 Alónita la gente discurría;
 Nadie la oculta causa preguntaba,
 Que aun preguntar error le parecia;
 Por saber uno á otro se miraba,
 Y el mas sábio los hombros encogía,
 Temiendo el golpe del furor presente
 Movido al parecer por accidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
 Que pocos con razon le van delante;
 Asaz en estos tiempos celebrado,
 Y á los ánimos sueltos importante:
 Por él quedó el Perú atemorizado,
 Temerario, rebelde y arrogante,
 Y á la justicia el paso mas seguro
 Con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú con un bocado
 Que no le romperá jamás la rienda,
 Haciendo al ambicioso y alterado
 Contentarse con sola su hacienda;
 Y el bullicio y deseo desordenado
 Le redujo á quietud y nueva enmienda:
 Que poco lo mal puesto permanece,
 Como por la experiencia al fin parece.

Quien antes no esperaba estar contento
 Con veinte ó treinta mil pesos de renta,

Enfrena de tal suerte el pensamiento
 Que solo con la vida se contenta:
 Despues hizo el marqués repartimiento
 Entre los beneméritos de cuenta,
 Para esforzar los ánimos caidos
 Y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así, y acacimientos,
 Como vemos que tantos van errados,
 Que sobre arena y frágiles cimientos
 Fabrican edificios levantados:
 Bien se muestran sus flacos fundamentos,
 Pues por tierra tan presto derribados,
 Con afrentoso nombre y voz los vemos,
 Huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error, oh necio desconcierto
 Del torpe que con ánimo ignorante
 No mira en el peligro y paso incierto
 Las pisadas de aquel que va delante,
 Teniendo á costa ajena ejemplo cierto,
 Que el brazo del amigo mas constante
 Ha de esparcir su sangre en su disculpa,
 Lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
 Sobre traidores hombros sostenido:
 Que el viento que se mueva de repente
 Le aflige, altera y turba aquel ruido.
 ¡Pues qué cuando la voz del rey se siente!
 No hay són tan duro y áspero al oido,
 Que tiene solo el nombre fuerza tanta
 Que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
 ¡Con cuántos sinsabores va mezclado
 Aquel recelo, aquel desabrimiento,
 Aquel triste vivir tan recatado!
 Traga el duro morir cada momento;
 Témesese del que está mas confiado:
 Que la vida antes libre y amparada
 Está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
 Se somete al mas mínimo soldado,
 Poniendo en contentarle diligencia
 Con gran miedo y solícito cuidado;
 Y aquellos mas amigos en presencia

LA ARAUCANA.

Las lanzas le enderezan al costado ,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta ,
Cualquier secreto piensa que es negarle ;
Si el brazo mueve alguno y lo levanta ,
Piensa el triste que fué para matarle ;
La sogá arrastra , el lazo á la garganta ;
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto , y que ninguno permanece ,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece ,
Bandos, casas , linajes estragados
Con nombre que los mancha y escurece :
Baste la obligacion con que nacemos ,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguía ;
Pero aunque vaya ciego discurriendo
Por caminos mas ásperos sin guía ,
Del encendido Marte el són horrendo
Me hará que atine á la derecha vía.
Y así seguro destó y confiado
Me atrevo á reposar , que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú , llegan mensajeros de Chile á pedir socorro ; el cual vista ser su demanda importante y justa , se le envía grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran guiado por un indio viene sobre Lautaro .

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado ,
Dellos sabe salir sin ensuciarse
Y libre de poder ser imputado :
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado ;
Aunque el peligro afina lo perfeto ,
Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasia
En cosas que seguro nos promete ,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete ;
Despues en el peligro desvaria ,
Y no acierta á salir de á do se mete :
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida

Vereis en el Perú , que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle ,
Para solo mostrar despues de alzado
La traidora lealtad en derribarle ;
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza , y despues viene á matarle
La espada infiel de la maldad autora ,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra , atizan disensiones
En hábito leal , aunque engañoso ,